

Marilynne Robinson

Gilead



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Gilead

MARILYNNE ROBINSON

Gilead

Traducción de
Montserrat Gurguí
y Hernan Sabaté

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

*Para John y Ellen Summers,
mis queridos padres.*

*Mis agradecimientos a
Ellen Levine, Katharine Stall y Earle McCartney.*

Te lo dije anoche, que quizá me marche algún día, y tú preguntaste adónde y yo dije, a la casa del Señor, y tú dijiste, por qué, y yo dije, porque soy viejo, y tú dijiste, a mí no me pareces viejo. Y pusiste tu mano en mi mano y dijiste, no eres muy viejo, como si con eso quedase zanjada la cuestión. Te dije que tu vida podía ser muy diferente de la mía y de la vida que has tenido conmigo y que eso sería una cosa maravillosa, pues hay muchas maneras de vivir una buena vida. Y tú dijiste, eso ya me lo ha dicho mamá, y luego añadiste, ¡no te rías!, porque creías que me estaba riendo de ti. Levantaste la mano y me pusiste los dedos en los labios y me miraste con esa expresión que no he visto nunca en nadie, salvo en tu madre. Es una suerte de orgullo furioso, muy apasionado y severo. Después de haber sufrido una de esas miradas, siempre me sorprende un poco descubrir que no se me han chamuscado las cejas. Las echaré de menos.

Es ridículo pensar que los muertos echen algo de menos. Si cuando leas esto ya eres un hombre hecho y derecho —mi intención al escribir esta carta es que la leas entonces—, hará mucho que me habré marchado. Ya sabré casi todo lo que hay que saber sobre estar muerto, pero seguramente me lo reservaré para mí. Así parece que son las cosas.

No sé en cuántas ocasiones me han preguntado cómo es la muerte, a veces cuando quien quería saberlo estaba a un

par de horas apenas de averiguarlo por sí mismo. Ya cuando era muy joven, me lo preguntaba gente mayor, de la edad que yo tengo ahora: me cogían las manos y me miraban a los ojos con sus viejos ojos turbios, como si estuvieran seguros de que yo lo sabía y quisieran obligarme a que se lo contara. Yo les decía que era como ir a casa. En este mundo, no tenemos casa, les decía, y luego volvía carretera arriba hasta este viejo lugar y me preparaba una cafetera y un emparedado de huevo frito y escuchaba la radio, cuando la tenía, no pocas veces a oscuras. ¿Te acuerdas de esta casa? Espero que un poco, sí. Yo me crié en rectorías. He vivido en ésta casi toda mi vida y he visitado muchas otras, porque los amigos de mi padre y la mayor parte de nuestros parientes también vivían en rectorías. Por aquel entonces, cuando pensaba en ello –lo cual no ocurría demasiado a menudo–, consideraba que ésta era la peor de todas, la más deprimente y la más asolada por las corrientes de aire. En fin, tal era mi estado de ánimo, a la sazón. En realidad, es una buena casa vieja, pero entonces yo estaba absolutamente solo en ella y eso hacía que me resultase extraña. Entonces no me sentía a gusto en el mundo, eso es cierto. Ahora, sí.

Y ahora dicen que me falla el corazón. El médico ha utilizado el término «*angina pectoris*», que tiene un sonido teológico, como «*misericordia*». Bueno, a mi edad, estas cosas son de esperar. Mi padre murió de viejo, pero sus hermanas no vivieron mucho, en realidad. Así pues, no puedo sino estar agradecido. Lo que lamento es no tener casi nada que dejaros a ti y a tu madre. Unos cuantos libros viejos que nadie más querría. Nunca he ganado dinero digno de mención y jamás he prestado atención al que tenía. Lo último que se me habría ocurrido es pensar que dejaría mujer e hijo, créeme. De haberlo sabido, habría sido mejor padre. Habría previsto algo para vosotros.

Esto es lo principal que quiero decirte, que lamento profundamente las penurias por las que sé que tu madre y

tú habréis pasado sin ninguna ayuda real por mi parte, salvo mis oraciones, y éstas las rezo siempre. Lo he hecho mientras vivía y lo estaré haciendo también ahora, si es así como son las cosas en la otra vida.

Te oigo hablar con tu madre, tú preguntas y ella responde. No oigo las palabras, sino el sonido de vuestras voces solamente. No te gusta ir a dormir y, cada noche, tu madre tiene que convencerte de una manera u otra para que te acuestes. Nunca la oigo cantar excepto por la noche, desde la habitación de al lado, mientras te arrulla para que duermas. Y tampoco reconozco la canción que te canta. Lo hace en voz muy baja. A mí me parece muy hermoso, pero ella se ríe cuando se lo digo.

Realmente, ya no acierto a distinguir lo que es hermoso. El otro día, por la calle, me crucé con dos jóvenes. Sé quiénes son; trabajan en el garaje. No frecuentan la iglesia, ninguno de los dos; sólo son chicos decentes y pícaros que andan siempre bromeando y allí estaban, apoyados en el muro del garaje, al sol, encendiendo un cigarrillo. Van siempre tan negros de grasa y tan impregnados de gasolina que no entiendo cómo no arden. Cruzaban comentarios, como hacen siempre, y se reían de esa manera tan maliciosa, peculiar en ellos. Y me pareció hermoso. Es asombroso ver reírse a las personas, observar cómo la risa parece dominarlas. A veces, es como si lucharan contra ella. Eso lo veo en la iglesia bastante a menudo. Y me pregunto qué es y de dónde sale, y me pregunto qué desencadena en el organismo para que uno tenga que reírse hasta quedar exhausto. En cierto modo es como llorar, salvo que la risa se consume con mucha más facilidad.

Cuando vieron que me acercaba, las bromas cesaron, por supuesto, pero noté que todavía se reían por dentro, pensando en lo que el viejo predicador casi les había oído decir.

Me entraron ganas de decirles que me gustan las bromas, como a todo el mundo. En mi vida ha habido muchas

ocasiones en las que he querido decirlo, pero no es algo que la gente esté dispuesta a aceptar. Quieren que seas un poco distante. Me entraron ganas de decir, soy un hombre que agoniza y no tendré muchas más ocasiones de reír, al menos en este mundo. Sin embargo, con eso sólo lograría que se mostraran serios y corteses, supongo. Mantendré en secreto mi estado todo lo que pueda. Para ser un hombre que agoniza, no estoy tan mal y eso es una bendición. Tu madre lo sabe, por supuesto. Ha dicho que si me siento bien, quizás el médico esté equivocado. A mi edad, sin embargo, hay un límite en lo equivocado que pueda estar.

Eso es lo más extraño sobre esta vida, sobre ejercer el ministerio. La gente, cuando te ve acercarte, cambia de tema. Y luego, a veces, esas mismas personas entran en tu estudio y te cuentan las cosas más peregrinas. Debajo de la superficie de la vida hay muchas cosas. Mucha malicia y temor y culpa y mucha soledad, también, donde en realidad no esperarías encontrarla.

El padre de mi madre era predicador y el padre de mi padre también lo era, como su padre lo fue antes que él y, aunque nadie lo sabe con certeza, yo no dudaría en conjeturar que la tradición ya venía de antes. Esta vida era para ellos como una segunda piel, igual que lo es para mí. Eran buenas personas, pero si algo debería haber aprendido de ellos y no hice, fue a controlar el temperamento. Es una ciencia que tendría que haber dominado hace mucho tiempo. Incluso ahora, cuando un revoloteo en las pulsaciones me lleva a pensar en los últimos instantes, me descubro perdiendo los nervios porque un cajón se engancha o porque no sé dónde he dejado las gafas. Te lo cuento para que estés atento a ver estas cosas en ti mismo.

Por pequeño que sea, un exceso de cólera, demasiado frecuente o en un momento inoportuno, destruye más de lo que imaginas. Por encima de todo, mide tus palabras. «Con-

templa qué bosque tan grande enciende un pequeño fuego. Y la lengua es un fuego», ésa es la verdad. Cuando mi padre era viejo, me dijo eso mismo en una carta que me envió, la cual da la casualidad que quemé. La eché directamente a la estufa. A la sazón, aquello me sorprendió mucho más que ahora, al recordarlo.

Aquí, creo que haré un ejercicio de franqueza. Contaré esto con todo el respeto. Mi padre era una persona que obraba por principios, como él mismo decía. Actuaba desde la fidelidad a la verdad tal como él la veía. Sin embargo, había algo en su manera de ceñirse a esa verdad que hacía de él, de vez en cuando, un hombre decepcionante, y no sólo para mí. Digo esto a pesar de toda la atención que dedicó a mi crianza, por la que estoy profundamente en deuda con él, aunque quizás él mismo discreparía de eso. Por mi parte, sé perfectamente que yo lo decepcioné a él, Dios lo tenga en Su seno. Es una cosa extraordinaria a considerar. Los dos teníamos buenos sentimientos para con el otro, también.

Bueno, oíd bien y no entendáis, ved por cierto mas no comprendáis, como dice el Señor. No puedo afirmar que entienda este dicho, por más veces que lo haya escuchado e incluso predicado sobre él. Sencillamente, establece un hecho misterioso y profundo. Uno puede conocer algo a fondo y, sin embargo, ser a todos los efectos completamente ignorante de ello. Cabe que un hombre conozca a su padre, o a su hijo, y a pesar de ello no exista entre los dos más que lealtad y amor y mutua incomprensión.

Si menciono esto, sólo es para decir que la gente que sienta remordimientos de cualquier clase por algo que te afecta supondrá que estás enojado y verá enojo en todo lo que hagas, por más que tú te limites a llevar la vida tranquila que has elegido. Eso te hace dudar de ti mismo, lo cual, según los casos, puede suponer una grave distracción y una pérdida de tiempo. Esto es algo que me habría gustado aprender mucho antes de lo que lo hice. El mero hecho

de reflexionar sobre ello me irrita un poco. La irritación es una forma de ira, eso lo sé reconocer.

Una de las grandes ventajas de la vocación religiosa es que te ayuda a concentrarte. Te da un buen concepto básico de lo que se te pide y también de lo que puedes pasar por alto. Si tengo alguna sabiduría que ofrecer, esto constituye una parte importante de ella.

Tú bendices nuestra casa desde hace casi siete años, y años de vacas flacas, además, tan avanzada ya mi vida, cuando ya no tenía manera de realizar cambios que me permitieran manteneros a los dos. Sin embargo, pienso en ello y rezo. Es algo que tengo muy presente y quiero que lo sepas.

Estamos teniendo una buena primavera y hoy también hace buen día. Casi llegabas tarde a la escuela. Te hemos puesto de pie en una silla y has comido una tostada con mermelada mientras tu madre te abrillantaba los zapatos y yo te peinaba. Tenías una página de sumas por hacer que deberías haber terminado la noche anterior y por la mañana has tardado una eternidad, intentando que todos los números mirasen hacia el lado correcto. Eres como tu madre, te lo tomas todo tan en serio... Los viejos te llaman diácono, pero esa seriedad no viene en absoluto de mi rama de la familia. Nunca había visto nada parecido hasta que la conocí a ella. Bueno, exceptuando a mi abuelo. A mí, lo de tu madre se me antojaba mitad tristeza y mitad furia y me preguntaba qué había habido en su vida que le causara aquella expresión en la mirada. Y cuando tú tenías tres años, cuando eras sólo un niño, entré una mañana en tu habitación de juegos y estabas tumbado en el suelo, vestido con el pelele, buscando la manera de arreglar un lápiz que se había roto. Y alzaste los ojos y me miraste y tenías su misma expresión. He pensado en ese momento muchas veces. Te diré que en ocasiones me ha parecido

que mirabas hacia atrás en la vida, hacia problemas pasados que rezo para que nunca tengas, y me pedías que me explicara.

«Tú eres como todos esos ancianos de la Biblia», me dice tu madre, y eso sería cierto si me las apañara para vivir ciento veinte años y tener rebaños y bueyes y criados y sirvientas. Mi padre me dejó un oficio que resultó ser también mi vocación, pero la verdad es que era como una segunda piel para mí. Crecí con ella. Es más que probable que en tu caso no sea así.

Vi pasar flotando ante la ventana una burbuja gorda y bamboleante y que maduraba ya hacia ese color azul libélula que adquieren antes de estallar. Así que miré hacia el patio y allí estabais, tú y tu madre, echándole pompas de jabón a la gata, tal andanada de ellas que el pobre animal se puso fuera de sí ante aquella abundancia de oportunidades. ¡Nuestra indiferente *Soapy*, dando saltos en el aire! Algunas burbujas se movían entre las ramas, incluso volaban por encima de los árboles. Estabais los dos tan concentrados en la gata que no os fijasteis en las consecuencias celestiales de vuestros afanes mundanos. Eran muy hermosas. Tu madre lleva su vestido azul y tú llevas la camisa roja y estáis arrodillados en el suelo, con *Soapy* en medio, y esa refulgencia de las pompas de jabón que se elevan y tantas risas. ¡Ah, esta vida, este mundo...!

Tu madre te ha contado que estoy escribiendo sobre tus orígenes y que pareciste muy complacido con la idea. Estupendo, entonces. ¿Qué debo hacer constar para ti? Yo, John Ames, nací en el año del Señor de 1880 en el estado de Kansas, hijo de John Ames y Martha Turner Ames, nieto de John Ames y Margaret Todd Ames. Cuando escribo esto, he vivido setenta y seis años, setenta y cuatro de ellos

aquí en Gilead,¹ Iowa, exceptuando los que pasé en la universidad y en el seminario.

¿Y qué más debo contarte?

Cuando tenía doce años, mi padre me llevó a la tumba de mi abuelo. En aquella época, mi familia llevaba diez años viviendo en Gilead, en cuya iglesia oficiaba mi padre. El suyo, que había nacido en Maine y había llegado a Kansas en la década de 1830, vivió con nosotros varios años después de su jubilación. Luego, se marchó para convertirse en una especie de predicador itinerante, o eso creímos. Murió en Kansas y lo enterraron allí, cerca de un pueblo que había perdido casi todos sus habitantes. Una sequía había impulsado a irse a la mayoría, los que no se habían marchado ya a otras poblaciones más próximas a la línea del ferrocarril. Sin duda, la existencia de un pueblo en aquel rincón se debía sólo a que aquello era Kansas y a que quienes se instalaron allí eran gentes del Partido de la Tierra Libre² que

1. Gilead es la transliteración inglesa del término hebreo *Galed* (Galaad) que aparece citado por vez primera en Génesis 31 y posteriormente en diversos pasajes de la Biblia. Galaad, «montón del testimonio» o «montón de la alianza», alude allí al pacto que Jacob y Labán sellaron a instancias de Yahvé, para lo cual reunieron varias piedras conmemorativas formando un montón con ellas, una tradición ancestral con la que los pueblos semíticos honraban a sus dioses. En Jeremías 8, 22 y 46, 11, Galaad se invoca como el lugar donde se halla un bálsamo curativo, capaz de preservar la paz y la salvación en tiempos convulsos. Tanto el topónimo como la lectura que se hace del bálsamo (consuelo, salvación, esperanza) son elementos recurrentes en la corriente protestante americana, así como en obras de Edgar Allan Poe, Margaret Atwood y Mark Twain. (Salvo indicación contraria, todas las notas son de los traductores.)

2. El Free Soil Party (Partido de la Tierra Libre) fue un partido de corta vida (1848-1854) cuyo principal propósito fue oponerse a la expansión de la esclavitud en los territorios occidentales del país, con el argumento de que el concepto «hombres libres en tierra libre» conformaba un sistema superior, moral y económicamente, al esclavismo.

apenas pensaban a largo plazo. No suelo utilizar la frase «dejado de la mano de Dios» pero, cuando pienso en aquel lugar, me viene a la cabeza esa expresión. Mi padre tardó meses en averiguar dónde había terminado el viejo sus días. Dedicó un gran esfuerzo a ello y escribió numerosas cartas a iglesias, periódicos y demás, indagando sobre su paradero. Finalmente, alguien respondió y envió un paquetito con su reloj y una vieja Biblia gastada y varias cartas, que más adelante supe que eran algunas de las que mi padre había mandado y que, sin duda, le había entregado al viejo alguien que pensaba que lo estimularían a volver a casa.

A mi padre le dolía amargamente que las últimas palabras que hubiera dirigido a su padre fuesen unas frases llenas de ira y que ya no hubiese posibilidad de reconciliación entre ellos en esta vida. En general, había sentido un sincero respeto por el viejo y le costaba mucho aceptar que las cosas hubiesen terminado de aquel modo.

Eso fue en 1892, cuando viajar todavía era una tarea bastante difícil. Fuimos en tren hasta donde pudimos y luego mi padre alquiló un carromato y un tiro. Era más de lo que necesitábamos, pero no encontramos otra cosa. Nos equivocamos de dirección varias veces y nos perdimos, y teníamos tantos problemas para abreviar a los caballos que los dejamos en pupilaje en una granja y continuamos el resto del camino a pie. En cualquier caso las carreteras eran terribles, envueltas en polvo las muy transitadas y llenas de rodadas cocidas por el sol las que no. Mi padre llevaba algunas herramientas en un saco de yute con la intención de adecentar un poco la tumba y yo cargaba con las provisiones –galleta y tasajo y las cuatro manzanitas amarillas que cogíamos aquí y allá por el camino–, así como nuestras mudas de camisas y calcetines, ya todo muy sucio a esas alturas.

En realidad, por esa época mi padre carecía del dinero necesario para el viaje, pero tenía éste tan presente en sus pensamientos que vivió con impaciencia hasta que hubo

ahorrado para emprenderlo. Yo le dije que tenía que ir también y él aceptó, aunque aquello complicase las cosas. Mi madre había leído algo acerca de lo terrible que estaba siendo la sequía en el oeste y, cuando él le informó de que pensaba llevarme, no le pareció nada bien. Mi padre le dijo que sería instructivo y, desde luego, lo fue. Estaba decidido a encontrar aquella sepultura costara lo que costase. Hasta entonces, yo nunca me había preguntado de dónde saldría mi siguiente trago de agua y cuento entre mis bendiciones no haber vuelto a tener ocasión de preguntármelo. Hubo momentos en que verdaderamente creí que nos perderíamos sin remedio y moriríamos. En una ocasión, mientras mi padre reunía varas para una fogata y me las cargaba en brazos, dijo que parecíamos Abraham e Isaac camino del monte Moria. Lo mismo había pensado yo un momento antes.

La situación por aquellos lares estaba tan mal que ni siquiera podíamos comprar comida. Nos detuvimos en una granja a pedir a la señora que nos vendiera algo y ella sacó un pequeño paquete de una alacena, nos enseñó unos billetes y monedas y dijo: «Para lo que me sirve, lo mismo daría que fuese dinero confederado». El almacén general había cerrado y no podía conseguir sal, azúcar ni harina. Le cambiamos una parte de nuestra miserable cecina –desde entonces, nunca he soportado verla siquiera– por dos huevos hervidos y dos patatas cocidas, que tenían un sabor maravilloso, incluso sin sal.

Luego, mi padre preguntó por su padre y la mujer dijo: «Ah, sí, estuvo por estos alrededores». Ignoraba que había muerto, pero sabía dónde estaría enterrado, probablemente, y nos enseñó lo que quedaba de una carretera que nos conduciría directamente al lugar, a poco más de cuatro kilómetros de donde nos encontrábamos. El camino estaba invadido por la vegetación pero, conforme uno avanzaba, encontraba las rodadas. Los matojos crecían menos en éstas, pues la tierra aún se mantenía muy compacta. Pasamos

de largo el cementerio por dos veces. Las dos o tres lápidas que tenía se habían caído y el recinto estaba infestado de zarzas y hierbas. La tercera vez, mi padre distinguió un poste de una valla y al acercarnos vimos, sumergido en aquella vegetación agostada, un conjunto de hermosas sepulturas, una fila de tal vez siete u ocho y, debajo, otra media fila. Recuerdo que el deterioro del lugar me pareció triste. En la segunda fila, encontramos una inscripción que alguien había hecho desnudando de corteza una parte del tronco de un árbol e introduciendo allí una serie de clavos, hundiéndolos hasta la mitad y doblando luego la cabeza, aplastándola contra el tronco, para que formaran las letras REV AMES. La R parecía una A y la S era una Z del revés, pero resultaba inconfundible.

Para entonces, la tarde ya estaba avanzaba, de modo que volvimos a la granja de la mujer y nos lavamos en su cisterna y bebimos de su pozo y dormimos en su henal. Luego, nos trajo de cenar unas gachas de maíz. La quise como a una segunda madre. La quise hasta ponerme al borde de las lágrimas. Nos levantamos antes de que amaneciera y procedimos a ordeñar y a cortar leña y a llevarle un cubo de agua, y ella salió a la puerta con un desayuno de gachas fritas con mermelada de moras por encima y una cucharada de crema de leche y lo tomamos allí, de pie en el porche, al fresco de la mañana y en la penumbra, y fue un momento maravilloso y perfecto.

Luego, regresamos al cementerio, una simple parcela rodeada por una valla medio caída y una verja con una cadena de la que pendía un cencerro. Mi padre y yo arreglamos la verja lo mejor que supimos. Él removió un poco la tierra de la tumba con una navaja, pero enseguida decidió que debíamos volver a la granja a pedir prestado un par de azadas para trabajar mejor. «Ya que estamos aquí, podemos ocuparnos también de los demás», dijo. Esta vez, la señora nos esperaba con una cena de judías blancas. No recuerdo su nombre, lo cual es una lástima. Le faltaba una falange

del dedo índice y ceceaba al hablar. Entonces me pareció que era vieja, pero ahora pienso que sólo era una mujer de campo que intentaba mantener los modales y la cordura, que intentaba seguir viva, trabajando hasta la extenuación y completamente sola en mitad de la nada. Mi padre dijo que hablaba como si su familia pudiera ser de Maine, pero no le preguntó. Se echó a llorar cuando nos despedimos de ella y se enjugó las lágrimas con el delantal. Mi padre le preguntó si tenía alguna carta o mensaje que quisiera que lleváramos de su parte y dijo que no. Le preguntó entonces si quería venir con nosotros y ella le dio las gracias, respondió que no con la cabeza y dijo: «Está la vaca. –Y añadió–: Estaremos bien cuando llegue la lluvia».

Aquel cementerio era el paraje más solitario que puedas imaginar. Si dijera que estaba volviendo a la naturaleza, acaso sacases la impresión de que el lugar poseía cierta vitalidad cuando, en realidad, era un terreno cuarteado y quemado por el sol. Costaba imaginar que allí la hierba hubiera sido verde alguna vez. Allí donde pisábamos, pequeños saltamontes echaban a volar a puñados, emitiendo ese chasquido que hacen, como cuando se enciende una cerilla. Mi padre metió las manos en los bolsillos, miró alrededor y meneó la cabeza. Luego, empezó de nuevo a cortar maleza con una hoz que traía y volvimos a colocar las lápidas que habían caído; la mayoría de las sepulturas sólo estaban perfiladas con piedras, sin nombre, ni fecha, ni nada en absoluto en ellas. Mi padre me dijo que cuidara dónde pisaba. Aquí y allá había pequeñas tumbas en las que no había reparado al principio, o no había caído en la cuenta de qué eran. Desde luego, no quería pisarlas, pero no vi dónde estaban hasta que él segó los hierbajos y entonces me di cuenta de que había pasado por encima de alguna y me sentí fatal. Sólo de niño he sentido tanta culpa y tanta lástima... Todavía sueño con ello. Mi padre siempre decía que cuando alguien muere, el cuerpo sólo es una indumentaria vieja que el espíritu ya no quiere. Pero allí estábamos,

medio matándonos para encontrar una tumba y procediendo con absoluta cautela en vigilar dónde pisábamos.

Nos afanamos un buen rato en poner orden. Hacía calor y se oía el ruidito de los saltamontes y el del viento que agitaba la hierba seca. Después, esparcimos semillas de bergamota, equinácea, girasol, aciano y guisante de olor. Eran semillas que siempre guardábamos para nuestro jardín. Cuando terminamos, mi padre se sentó en el suelo al lado de la tumba de su padre. Se quedó allí un buen rato, arrancando los pequeños bigotes de hierba que todavía quedaban sobre ella y abanicándose con el sombrero. Creo que lamentaba que no le quedara nada más que hacer. Finalmente, se levantó, se sacudió el polvo y nos quedamos allí plantados con nuestras miserables ropas empapadas y las manos sucias de la labor y los primeros chirridos de los grillos y las moscas, que empezaban a molestar de verdad, y los trinos de los pájaros cuando se preparan para pasar la noche, y mi padre inclinó la cabeza y se puso a rezar, encomendando a su padre al Señor y pidiendo también el perdón divino y el de su padre. Añoré profundamente a mi abuelo y sentí, yo también, la necesidad de perdón. Pero fue una plegaria muy larga.

A esa edad, todas las oraciones me parecían demasiado largas y me aburrían soberanamente. Intenté tener los ojos cerrados, pero al cabo de un rato tuve que echar un pequeño vistazo. Y esto es algo que recuerdo muy bien. Al principio, pensé que veía ponerse el sol por el este; sabía dónde quedaba el este porque cuando habíamos llegado, por la mañana, el sol asomaba apenas en el horizonte. Entonces me di cuenta de que lo que estaba viendo era una luna llena que salía mientras el sol se ponía. Una y otro estaban en un borde y en medio reinaba la más maravillosa de las luces. Parecía que se pudiera tocar, como si unas corrientes luminosas palpables fueran y vinieran de un lado a otro, o como si hubiera unas grandes madejas de luz suspendidas, muy tensas, entre los dos astros. Quería que mi padre lo viera,

pero me di cuenta de que perturbaría su plegaria y quise hacerlo de la mejor manera, así que le tomé la mano y la besé. Y luego dije: «Mira la luna», y miró. Nos quedamos allí hasta que el sol se ocultó y la luna se alzó. Dio la impresión que flotaban en el aire muchísimo rato, debido, supongo, a que los dos eran tan brillantes que no podía tenerse una visión clara de ellos. Y aquella tumba, y mi padre y yo, estábamos exactamente entre uno y otro, lo cual en aquel instante me pareció asombroso, ya que no me había detenido a pensar mucho en la naturaleza del horizonte.

Mi padre dijo: «Nunca habría pensado que este lugar pudiera ser hermoso. Me alegro de saber que sí».

Cuando por fin llegamos a casa, traíamos un aspecto tan terrible que, al vernos, mi madre rompió a llorar. Habíamos adelgazado y teníamos la ropa destrozada. El viaje completo no nos había llevado un mes, pero habíamos dormido en graneros y cobertizos e incluso en el duro suelo, durante la semana que habíamos pasado perdidos. Era una gran aventura que recordar y mi padre y yo solíamos reírnos de ciertas cosas bastante espantosas. Una vez, un viejo nos había disparado, incluso. Mi padre, según explicó en cierta ocasión, se proponía coger unas cuantas zanahorias de buen tamaño de un huerto junto al que pasamos. Había dejado una moneda en el porche para pagar lo que pudiéramos llevarnos de comer, que siempre era demasiado poco. Fue una escena que merecía verse: mi padre en mangas de camisa, saltando la valla desvencijada de un huerto con una mata de zanahoria en la mano, agarrada por las hojas, y perseguido por un individuo que apuntaba contra él. Nos adentramos corriendo en la espesura y, cuando concluimos que ya no nos seguía, nos sentamos en el suelo y mi padre limpió de tierra la zanahoria rascando con su navaja, la cortó en pedazos, los puso en la corona del sombrero, que colocó entre nosotros a modo de mesa,

y empezó a bendecir la comida, algo que nunca olvidaba hacer. «Por todos los alimentos que vamos a recibir», dijo, y los dos nos echamos a reír hasta que nos saltaron las lágrimas. Ahora comprendo que, para él, darnos de comer era una preocupación desesperada que lo había empujado a algo muy parecido a un crimen. La zanahoria era tan grande y vieja y dura que tuvo que cortarla a rodajas finas. Fue como comer una rama y tampoco teníamos nada con que hacerla bajar.

En realidad, sólo más tarde me di cuenta del apuro en el que me habría visto si le hubieran disparado, o incluso matado, y yo hubiese quedado abandonado a mi suerte en medio de la nada. Todavía sueño con eso. Creo que él sintió la suerte de vergüenza que se siente cuando uno advierte el riesgo estúpido que ha corrido, después de que haya pasado. Sin embargo, él estaba absolutamente decidido a encontrar aquella sepultura.

Una vez, para hacer hincapié en que debía estudiar mientras era joven y las enseñanzas entraban fácilmente, mi abuelo me habló de un hombre al que había conocido a su llegada a Kansas, un predicador recién establecido allí. Me dijo: «Ese hombre no sólo confiaba en su hebreo. También había cruzado veinte kilómetros por tierras vírgenes en pleno invierno para dirimir unas diferencias de interpretación. Tuvimos que descongelarlo para que nos contara qué se proponía». Mi padre se rió y dijo: «Lo extraño es que esa historia incluso podría ser cierta». Sin embargo, yo la recordé en esa ocasión porque me pareció que nosotros estábamos haciendo algo muy parecido.

Mi padre renunció a seguir indagando y volvió a llamar a las puertas, un proceder al que se había resistido, pues, cuando la gente descubría que era predicador, en ocasiones intentaban darle más de lo que se podían permitir. Por lo menos, eso creía él. Y adivinaban que era clérigo a pesar del aspecto desastrado que ofrecíamos cuando ya llevábamos varios días de nuestra travesía del desierto, como él la

llamaba. En un par de casas, nos ofrecimos a hacer alguna tarea a cambio de comida y la gente le pidió que comentara un poco las Escrituras o que dijera una oración. A él le sorprendió que lo reconocieran y se preguntó qué era lo que lo delataba. Se enorgullecía de tener unas manos ásperas y encallecidas y de que no le sobrara un gramo de grasa. Yo he tenido la misma experiencia muchas veces y también me ha desconcertado. La cuestión es que pasamos muchos días al filo del desastre y nos reímos de ello durante años. Siempre eran los peores apuros los que nos hacían reír. A mi madre, todo aquello le irritaba, pero se limitaba a decir: «Ni se te ocurra contármelo».

En muchos aspectos, era una madre extraordinariamente cuidadosa, la pobre mujer. En cierto sentido, yo era su único hijo. Antes de que yo naciera, se había comprado un libro nuevo sobre cuidados y salud en el hogar. Era grande y caro y mucho más especial que el Levítico. Siguiendo sus consejos, mi madre intentaba evitar que hiciéramos uso alguno de nuestro cerebro durante una hora después de cenar, o que leyéramos cuando teníamos los pies fríos. Se trataba de evitar demandas contradictorias en la circulación de la sangre. En una ocasión, mi abuelo le dijo que si no se pudiera leer con los pies fríos, no habría un alma lectora en todo el estado de Maine, pero ella se tomaba las cosas muy en serio y el comentario sólo la irritó. «En Maine nadie encuentra mucho que comer, así que todo queda equilibrado», replicó. Cuando yo llegaba a casa, me lavaba y me acostaba y me daba de comer seis o siete veces al día y me prohibía que utilizara el cerebro después de cada comida. El tedio era considerable.

Aquel viaje fue una gran bendición para mí. Volviendo la vista atrás, me doy cuenta de lo joven que era entonces mi padre. No podía tener más de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Ya en su madurez, seguía siendo un hom-

bre atractivo y vigoroso. Al atardecer, después de la cena, jugábamos a lanzarnos la pelota hasta que el sol se ponía y la oscuridad nos impedía ver el balón. Creo que agradecía tener a un niño en casa, un hijo. Bueno, hasta hace poco yo también era un hombre atractivo y vigoroso.

Sabrás, supongo, que me casé con una chica cuando era joven. Habíamos crecido juntos. Celebramos la boda durante mi último año en el seminario y luego volvimos aquí para que yo pudiera ocupar el púlpito de mi padre mientras mi madre y él iban unos meses al sur por el bien de la salud de mi madre. Mi esposa murió de parto, y el bebé murió con ella. Se llamaban Louisa y Angeline. Vi a la niña viva, la sostuve entre mis brazos unos minutos y aquello fue una bendición. Boughton la bautizó y le puso por nombre Angeline, porque aquel día yo estaba en Tabor –no esperábamos que naciera hasta al cabo de seis semanas– y no había nadie que pudiera decirle qué nombre habíamos elegido. Habría sido Rebecca, pero Angeline es un buen nombre.

El domingo pasado fuimos a cenar a casa de Boughton y vi que le mirabas las manos. Ahora las tiene tan artríticas que no son más que piel y nudillos. Piensas que es terriblemente viejo y es más joven que yo. Fue el padrino de mi primera boda y también nos casó a mí y a tu madre. Ahora, su hija Glory vive en casa con él. El matrimonio de Glory fracasó y eso es triste, pero, para Boughton, tenerla allí es una bendición. El otro día, vino a traerme una revista y me habló de la posibilidad de que Jack también volviera a casa. En realidad, tardé un minuto en saber a quién se refería. Probablemente no te acuerdes mucho del viejo Boughton. Ahora, de vez en cuando, está un poco malhumorado, lo cual es comprensible, teniendo en cuenta su malestar. Sería una lástima que fuera eso lo que recordaras de él. En la flor de la vida, fue el mejor predicador que haya oído nunca.

Mi padre siempre predicaba a partir de unas notas y yo escribía mis sermones palabra por palabra. Hay cajas llenas de ellos en el desván y otros de los años más recientes en fajos, en el armario. Nunca he vuelto a hojearlos para ver si merecían la pena, si en realidad había dicho algo. Casi todo el trabajo de mi vida está metido en esas cajas, lo cual es algo asombroso sobre lo que reflexionar. Podría echarles un vistazo, tal vez encontrar unos pocos que me gustaría que conservaras. Me dan un poco de miedo. Creo que tal vez trabajé en ellos, como que también lo hice sólo para mantenerme ocupado. Si alguien venía a casa y me encontraba escribiendo, por lo general volvía a marcharse, a no ser que se tratara de un asunto importante. No sé por qué el retraimiento había de ser un bálsamo para la soledad, pero, a la sazón, para mí siempre lo era y la gente me respetaba por todas esas horas que pasaba aquí arriba, trabajando en el estudio, y por todos esos libros que me llegaban de vez en cuando por correo, no muchos, en realidad, pero más de los que podía permitirme comprar. En eso, en los libros, se fue parte del dinero que habría podido ahorrar.

Esto no era todo, por supuesto. Para mí, escribir ha sido siempre como rezar, incluso cuando no escribía plegarias, como sucedía a menudo. Sientes que estás con alguien. Siento que estoy contigo ahora, sea lo que sea lo que eso signifique si consideramos que eres un chiquillo y que, cuando te hagas un hombre, estas cartas quizá no te interesen. O tal vez nunca lleguen a tus manos por el motivo que sea. Aun así, cuánto lamento cualquier tristeza que hayas sufrido y cuán agradecido estoy de antemano por todas las cosas buenas que hayas disfrutado. Esto significa que rezo por ti. Y hay intimidad en ello. Ésa es la verdad.

Tu madre respeta las horas que paso aquí arriba en el estudio. Está orgullosa de mis libros. Fue ella, en realidad, quien me llamó la atención sobre la cantidad de cajas que he llenado con sermones y plegarias. Cincuenta sermones al año, digamos, por cuarenta y cinco años, sin contar los

funerales y demás, de los cuales ha habido un gran número. Dos mil doscientos cincuenta. Si tienen treinta páginas de promedio, eso suman sesenta y siete mil quinientas páginas. ¿Es correcto? Creo que sí. Y escribo con letra pequeña, como ahora ya sabes. Digamos que, con trescientas páginas, tenemos un volumen. Eso significa que he escrito doscientos veinticinco libros, lo que me iguala a Agustín y a Calvino en cuanto a cantidad. Es pasmoso. Casi todo lo he escrito con la esperanza y la convicción más profundas, tamizando mis pensamientos y eligiendo las palabras. Intentando decir lo que era verdad. Y te lo digo sinceramente, ha sido algo maravilloso. Siento gratitud por todos esos años oscuros, aun cuando vistos a través del paso del tiempo parecen una plegaria dilatada y amarga que finalmente ha obtenido respuesta. Tu madre entró en la iglesia en mitad de la plegaria –para resguardarse del tiempo, pensé en aquel momento, pues diluviaba– y me miró con unos ojos tan serios que me avergoncé de estar predicando para ella. Como diría Boughton, noté la pobreza de mis comentarios.

A veces he gozado del sosiego de un domingo cualquiera. Es como hallarse en un huerto recién sembrado después de una lluvia cálida. Uno siente la vida, silenciosa e invisible. Lo único que requiere es que se tenga cuidado en no pisotearla. Y aquél era un día muy tranquilo, con la lluvia en el tejado, la lluvia contra las ventanas, y todo el mundo dando gracias, ya que al parecer nunca recibimos lluvia suficiente. En momentos como éstos, no me importa especialmente que la gente escuche o no lo que tengo que decirle, pues sé cuáles son sus pensamientos. Entonces, si entra un extraño, ese mismo sosiego puede parecer somnolencia y rutina aburrida, porque eso es lo que temes que sea para esa persona.

Si Rebecca hubiese vivido, ahora tendría cincuenta y un años, diez más de los que tiene tu madre. Durante mucho tiempo pensé qué sucedería si entrase por esa puerta, qué no me avergonzaría, como poco, decir en su presencia. Por-

que siempre la he imaginado regresando de un lugar donde todo se sabe y escuchando mis esperanzas y especulaciones como lo haría alguien que ha visto la verdad cara a cara y conoce el pleno alcance de mi incomprensión. Ésta era una especie de juego que practicaba conmigo mismo, para evitar tomarme demasiado a pecho doctrinas y controversias. En aquellos tiempos, leía muchísimos libros y siempre andaba debatiendo con uno u otro, pero creo que sabía de la inconveniencia de llevar ese tipo de cosas al púlpito. Con todo, pienso que fue porque escribía los sermones como si Rebecca pudiera entrar por la puerta en cualquier momento por lo que, de algún modo, estaba preparado cuando entró tu madre, más joven de lo que habría sido Rebecca entonces, desde luego, pero no muy distinta de cómo yo la veía en mi mente. No se trataba tanto de su aspecto externo, como de la forma en que parecía no pertenecer a este lugar y, al mismo tiempo, ser la única de todos nosotros que sí pertenecía realmente a este sitio.

Digo esto porque había en ella una seriedad que casi daba la impresión de enojo. Como si dijera: «He venido desde una distancia indecible y de una otredad inimaginable sólo para complacer tus plegarias. Ahora, di algo que tenga un poco de sentido». El sermón me supo a cenizas en la lengua. Y no era porque no lo hubiese trabajado. Trabajaba todos mis sermones. Recuerdo que aquel día bauticé a dos niños. Sentí la intensidad con que ella observaba. Las dos criaturas lloraron cuando les toqué la cabeza con el agua por primera vez y levanté la mirada y vi en su rostro la expresión de severa sorpresa que yo, antes incluso de alzar la cabeza, sabía que encontraría y tuve ganas de decirle sinceramente: «Si sabe una manera mejor de hacerlo, le agradeceré que me la diga». Luego, al cabo de seis meses, la bauticé a ella. Y tuve ganas de preguntarle: «¿Qué he hecho? ¿Qué significa?». Esas preguntas acudían a mi mente con frecuencia, no porque tuviera la menor duda de que había hecho algo que significaba alguna cosa, sino porque,

por más que pensara y leyera y orara, me sentía fuera del misterio de aquello. Las lágrimas rodaron por su rostro, pobrecilla. Eso no lo olvidaré jamás. Siempre y cuando no lo olvide todo, como les sucede a muchos viejos. A lo que parece, no viviré el tiempo suficiente como para olvidar lo que no haya olvidado ya, lo cual es una buena cosa, lo sé. A lo largo de los años, he pensado mucho sobre el bautismo. Boughton y yo hemos hablado a menudo de la cuestión.

Tal vez te parezca una trivialidad que mencione esto ahora, teniendo en cuenta la gravedad del asunto, pero no creo que de veras lo sea. Nosotros fuimos niños piadosos, nacidos en hogares piadosos de una población absolutamente piadosa, y aquello afectó nuestra conducta de una manera considerable. Una vez, bautizamos una camada de gatos. Eran unos gatitos de granja de color tierra que apenas se sostenían sobre las patas, de esos felinos asilvestrados que llevan una vida anónima manteniendo a raya a los ratones y a los que no les interesan en absoluto los humanos, salvo para evitarlos. Sin embargo, los animales parecían mostrarse sociables, por lo que siempre nos alegraba encontrar gatitos nuevos saliendo de la oquedad donde su madre los había escondido, tan dispuestos a jugar como nosotros. A una de las niñas se le ocurrió ponerles un vestido de muñeca. Sólo había un vestido, lo cual no supuso un problema porque los gatos apenas lo toleraban un momento y, en cualquier caso, habría que desvestirlos tan pronto estuviesen bautizados. Yo les humedecí la frente, repitiendo la fórmula trinitaria completa.

Su madre, una vieja gata de aire torvo y cola torcida, nos descubrió bautizándolos junto al arroyo y empezó a llevárselos de uno en uno, cogiéndolos por la nuca. Perdimos la pista de quién era cada cual, pero estábamos absolutamente seguros de que la madre había alejado a algunos que aún vivían en la oscuridad del paganismo y aquello

nos preocupó sobremanera. Así que, finalmente, un día le pregunté a mi padre del modo más informal imaginable qué le pasaría a un gato si, por ejemplo, alguien lo bautizaba. Respondió que los Sacramentos debían tratarse y considerarse siempre con el mayor de los respetos. Aquello no era realmente una respuesta a mi pregunta. Respetábamos los Sacramentos, por supuesto, pero para nosotros aquellos gatos eran lo más importante del mundo. Sin embargo, entendí lo que quería decir y ya no bauticé a nadie más hasta que me ordené.

Las chicas llevaron a casa dos o tres de aquellos animalitos y los convirtieron en unos gatos domésticos decididamente respetables. Louisa adoptó uno amarillo. Cuando nos casamos, aún lo tenía. Los demás vivieron sus vidas salvajes, indistinguibles de sus congéneres, y si eran cristianos o paganos, nadie supo decirlo jamás. Ella llamaba *Centella* a su gato, por la mancha blanca que tenía en la frente. Finalmente, un buen día, desapareció. Sospecho que la pillaron robando conejos, un pecado al que se entregaba con frecuencia, aun siendo un gato cristiano como sabíamos que era y a pesar de la artritis que sufría en aquellos tiempos. Uno de los chicos dijo que tenía que haberla llamado *Salpicada*. Era baptista y creía firmemente en la inmersión total, así que los gatos deberían estar agradecidos de que yo no lo fuese. El chico dijo que con nuestros métodos no se obtenía ningún resultado y que no podíamos demostrar que estuviese equivocado. Nuestra *Soapy* debía de ser un pariente lejano.

Todavía recuerdo el tacto de aquellas frentes pequeñas y cálidas en la palma de mi mano. Todo el mundo ha acariciado un gato, pero tocar uno de ese modo, con la pura intención de bendecirlo, es una experiencia muy distinta. Se te queda grabado en la mente. Durante años, nos preguntamos qué les habíamos hecho desde un punto de vista cósmico. Y aún hoy me sigue pareciendo una pregunta válida. La bendición –y eso creo que es el bautismo, princi-

palmente— posee una realidad. No intensifica el carácter sagrado, pero lo reconoce, y en ello hay poder. Lo he sentido recorrer mi cuerpo, por así decirlo. La sensación que produce es la de conocer realmente a una criatura; me refiero a sentir realmente su vida misteriosa y tu propia vida misteriosa a un tiempo. No es mi deseo instarte al ministerio, pero en él hay ciertas ventajas que no tendrías en cuenta a menos que yo te las indicase. Tampoco es necesario ser ministro para impartir bendiciones. Simplemente, es mucho más probable si uno se encuentra en ese puesto. Es algo que la gente espera de uno. No sé por qué la literatura se ha ocupado tan poco de este aspecto de la vocación.

Ludwig Feuerbach dice una cosa maravillosa del bautismo. La tengo anotada. Dice: «El agua es el más puro y claro de los líquidos; en virtud de ello, su carácter natural es imagen de la naturaleza inmaculada del Espíritu Divino. En resumen, el agua tiene significación por sí misma, como agua; es su cualidad natural lo que hace que sea consagrada y escogida como vehículo del Espíritu Santo. Así pues, en el fundamento del bautismo subyace una hermosa y profunda significación natural». Feuerbach es un conocido ateo, pero expone casi mejor que nadie los aspectos gozosos de la religión y siente amor por el mundo. Desde luego, piensa que la religión podría quitarse de en medio y dejar que el gozo existiera, puro y sin tapujos. Éste es su único error, y es significativo. Pero se muestra maravilloso sobre el tema del gozo así como sobre las expresiones religiosas de éste.

Boughton tiene una opinión muy negativa de él, pues perturbó la fe de mucha gente, pero yo discrepo tanto de esa gente como de Feuerbach. Me parece que hay algunos que andan buscando que perturben su fe. Ésta ha sido la tendencia durante los últimos cien años. Mi hermano Edward me proporcionó el libro de Feuerbach, *La esencia del*

Cristianismo, con la intención de zarandearme y sacarme de mi piedad acrítica, me dijo al dármele. Tenía que leerlo en secreto, o eso creí. Lo guardé en una caja de galletas que escondí en un árbol. Como puedes imaginar, leerlo en aquellas circunstancias me proporcionaba un gran interés. Y yo sentía un gran respeto por Edward, que había estudiado en una universidad alemana.

Ahora caigo en la cuenta de que aún no he hablado de Edward, aunque él también fue muy importante para mí. Y todavía lo es, Dios dé descanso a su alma. Tengo la impresión de que en ciertos aspectos apenas lo conocía, pero en otros es como si llevara toda la vida hablando con él. Edward pensaba que me hacía un favor quitándome un poco de mi provincianismo del Medio Oeste. Era el favor que Europa le había hecho a él. Pero aquí estoy, habiendo llevado hasta el final la existencia contra la que él me previno y, en conjunto, muy satisfecho de ella, además. No obstante, aún sigo siendo susceptible en el asunto del provincianismo.

Edward estudió en Gotinga. Era un hombre notable. Me llevaba casi diez años, así que, en realidad, no lo conocí muy bien cuando éramos niños. Entre él y yo había dos hermanas y un hermano, a todos los cuales la difteria arrebató de este mundo en menos de dos meses. Él los conoció y yo, por supuesto, no, lo cual era otra gran diferencia. Aunque rara vez se hablaba de ello, siempre tuve presente que había existido una vida alegre y atestada que ellos tres recordaban bien y que yo no podía imaginar. En cualquier caso, Edward se marchó de casa a los dieciséis para estudiar en la universidad. Terminó a los diecinueve con un título en lenguas antiguas y viajó de inmediato a Europa. Ninguno de nosotros volvió a verlo en años. Ni siquiera hubo demasiadas cartas.

Un día, se presentó en casa con bastón y un enorme bigote. *Herr Doktor*. Debía de tener veintisiete o veintiocho años. Había publicado un librito en alemán, una especie de

monografía sobre Feuerbach. Era listísimo y mi padre lo trató también con cierto temor y respeto, como venía haciendo desde que Edward era un chiquillo, me parece. Mis padres me contaron historias de que, cuando era pequeño, leía todo lo que le caía entre manos, de que había aprendido de memoria un libro entero de Longfellow, de que si dibujaba mapas de Europa y de Asia y se había aprendido todas las ciudades y ríos. Desde luego, pensaban que estaban criando a un pequeño Samuel –todos lo pensaban–, por lo que todo el mundo le suministraba libros y pinturas y una lupa y todo lo que se les ocurría o les venía a mano. A veces, mi madre se lamentaba en voz alta de que no le hubieran exigido que ayudara más en las tareas domésticas y, desde luego, no cometió el mismo error conmigo. Sin embargo, no se veía a menudo a un chico tan maravilloso como él y era creencia general que sería un gran predicador. Así pues, todos los feligreses participaron en colectas para llevarlo a la universidad y, después, para mandarlo a Alemania. Y regresó convertido en ateo. En cualquier caso, es lo que siempre declaró ser.

Sacó plaza de profesor en la Universidad Estatal de Lawrence, donde enseñaba literatura alemana y filosofía, y se quedó allí hasta su muerte. Se casó con una chica alemana de Indianápolis y tuvieron seis hijos rubísimos, todos ellos ya adultos hoy día. Pasó todos esos años a unos pocos cientos de kilómetros y apenas lo vi. Enviaba contribuciones a la iglesia para compensar la ayuda que le habían prestado. Mientras vivió, cada año llegaba un cheque con fecha de 1 de enero. Era un buen hombre.

Cuando regresó, mi padre y él y tuvieron algunas discusiones, la primera de ellas la misma noche de su llegada, a la hora de cenar, cuando mi padre le pidió que bendijera la mesa. Edward carraspeó y replicó: «Me temo que, en conciencia, no puedo hacerlo, señor», y mi padre palideció. Yo sabía que había habido cartas suyas que no me habían dejado leer y había escuchado velados comentarios entre mis

padres. Así pues, aquélla fue la temida confirmación de sus temores. Mi padre dijo: «Has vivido bajo este techo y conoces las costumbres de tu familia. Podrías mostrar un poco de respeto», a lo que Edward replicó –lo cual estuvo muy mal por su parte–: «Cuando era pequeño, pensaba como un niño. Ahora ya soy adulto y no hago cosas de críos». Mi padre se levantó de la mesa, mi madre se quedó sentada, inmóvil, con el rostro bañado en lágrimas, y Edward me pasó las patatas. Yo no tenía idea de qué se esperaba de mí, así que me serví algunas. Edward me pasó la salsa. Con aire solemne, dimos cuenta de aquella cena sin bendecir durante un rato y luego dejamos la casa y acompañé a Edward al hotel.

Por el camino, me dijo, «John, bien puedes enterarte ahora de lo que sin duda sabrás algún día. Esto es un pueblo de mala muerte, ya debes de haberte dado cuenta. Marcharse de aquí es como despertar de un trance». Supongo que los vecinos nos vieron dejar la casa a la hora de la cena, aquel primer día, Edward con un brazo doblado a la espalda, un poco encorvado para dar a entender que tenía cierta necesidad del bastón y con aire de estar sumido en un tipo de pensamientos especialmente rigurosos y distinguidos, desarrollados posiblemente en un idioma extranjero. (¡Hazme caso!) Si lo vieron, debieron de ver confirmado al instante lo que durante mucho tiempo habían sospechado. Debieron de saber también que en la cocina de mi madre había habido ira y lágrimas y que mi padre estaba en el desván o en el cobertizo de la leña, en algún rincón tranquilo y secreto, de rodillas, preguntando al Señor qué era lo que le pedía. Y allí estaba yo con Edward, siguiendo sus pasos, otra aflicción para mis padres, o eso debían de pensar.

Además de los libros que antes mencionaba, Edward también me regaló la pequeña reproducción de una escena de

mercado que cuelga junto a la escalera. Debo acordarme de decirle a tu madre que es mío y no de la rectoría. No creo que tenga ningún valor, pero tal vez quiera quedárselo.

Voy a apartar ese Feuerbach y ponerlo junto a los libros que le pediré a tu madre que guarde para ti. Espero que lo leas algún día. No hay nada alarmante en él, a mi entender. La primera vez, lo leí bajo las sábanas y mientras andaba por la cañada, porque mi madre me había prohibido cualquier contacto con Edward y yo sabía que la orden abarcaba la lectura del libro ateo que él me había dado. «Si tú le hablaras así a tu padre alguna vez, lo matarías», me decía. En realidad, mi intención fue siempre defender a mi padre. Creo que lo he hecho.

Hay algunas notas mías en los márgenes del libro que espero que te resulten útiles.

La mención a Feuerbach y el gozo me ha recordado algo que vi hace unos años, una mañana, cuando me dirigía a la iglesia muy temprano. Una pareja joven caminaba media manzana delante de mí. El sol había asomado, radiante, después de un chaparrón y los árboles estaban lustrosos y empapados. De improviso, por pura exuberancia, supongo, el chico dio un salto y agarró una rama; una cortina de agua luminosa cayó, torrencial, sobre ellos y los dos rompieron a reír y salieron corriendo. La muchacha se sacudía el agua del pelo y del vestido como si estuviera algo disgustada, pero no era así. Fue algo hermoso de ver, como salido de una leyenda. No sé por qué he pensado en eso ahora si no es, quizá, porque en momentos así es fácil creer que el agua se creó principalmente para bendecir y sólo secundariamente para cultivar verduras o para hacer la colada. Ojalá hubiera prestado más atención a la escena. Mi lista de lamentaciones tal vez parezca inusual, pero ¿quién va a saber que lo son, en realidad? Éste es un planeta interesante. Merece toda la atención que uno pueda prestarle.

Al escribir esto, observo cuánto me cuesta no utilizar más de lo necesario ciertos términos. Pienso en la palabra «sencillamente», por ejemplo. Casi desearía haber escrito que el sol sencillamente brilló y que el árbol sencillamente resplandeció y que el agua sencillamente cayó de sus ramas a cántaros y que la muchacha sencillamente se rió; cuando un vocablo se emplea de esta manera, da énfasis a la palabra que lo sigue y también impone un tono de voz particular. La gente habla así cuando pretende llamar la atención sobre una cosa que existe más allá de ella misma, por así decirlo, una suerte de pureza o de prodigalidad, en todo caso algo corriente en su naturaleza, pero excepcional en su categoría. Así me lo parece hoy. La palabra «sencillamente» tiene cierto significado real que el lenguaje corriente no reconoce. Es un poco como el *-ge* alemán. Lamento tener que privarme de ello. Le quita la mitad de la fuerza a la narración.

También soy propenso a emplear en exceso la palabra «viejo», que en realidad tiene menos que ver con la edad, me parece a mí, que con la familiaridad. El término subraya que algo es objeto de consideración, de modesto y habitual afecto. A veces sugiere desventura o vulnerabilidad. Digo, «el viejo Boughton», «este viejo pueblucho miserable», y con eso quiero decir que los llevo muy cerca de mi corazón.

Título de la edición original: *Gilead*
Traducción del inglés: Montserrat Gurguí Martínez de Huete
y Hernán Sabaté Vargas

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: agosto 2014

© Marilynne Robinson, 2004
Reservados todos los derechos

© de la traducción: Montserrat Gurguí Martínez de Huete
y Hernán Sabaté Vargas, 2010

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Imagen de portada: Grant Wood, *The Birth Place of Herbert Hoover*, 1931.
Óleo sobre conglomerada (76,2 x 101,6 cm). Des Moines Art Center Permanent
Collections; comprado por el Des Moines Art Center y el Minneapolis Institute
of Arts, con fondos de la Edmundson Art Foundation Inc., Mrs. Howard H. Frank
y la John R. Van Derlip Fund, 1982.2 © VEGAP, Barcelona 2011

Conversión a formato digital: Maria Garcia

Depósito legal: B. 7803-2014

ISBN: 978-84-16072-96-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo
los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta
obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra
forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares
del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.